

margen N° 98 – setiembre 2020

MOTIVO DE TAPA

Pobreza y pandemia



Imagen:
Pobreza y pandemia
Arte de tapa:
Miguel Parra Casas

Una vez más, un acontecimiento dramático -como lo es la pandemia de Covid-19- expuso la esencia del sistema capitalista imperante en el mundo, esto es que los Estados con sus gobiernos y fuerzas represivas sirven a minorías poderosas, tanto en países con sistemas liberales como en aquellos en los que rigen sistemas feudales u otros con gobiernos dictatoriales. No importa el Orden, todos muestran en forma coincidente su consideración acerca de que los seres humanos y la naturaleza con sus recursos sirven para aumentar ganancias, acumular riqueza y mantener el poder.

Con la expansión de la enfermedad, el contagio de millones y la muerte de miles de personas, la agenda mundial que manejan los responsables de los gobiernos fluctúa en una serie pendular: cerrar actividades y aumentar el confinamiento cuando el brote se descontrola y liberar las restricciones cuando los contagios se amesetan. Mientras brindan estadísticas de contagiados, muertos y recuperados, proponen un único mensaje: el mundo debe esperar hasta que los poderosos laboratorios desarrollen una vacuna contra el virus. Entre tanto se postula que el único remedio es

la prevención, que consiste en cortar la cadena de contagios a partir del aislamiento, lo que significa una drástica paralización de las actividades económicas,

La paralización de la industria, el comercio y las actividades turísticas produjeron la pérdida de millones de puestos de trabajo en todo el mundo. Se calcula que en Argentina se perdieron casi 900.000, principalmente entre los trabajadores informales.

La pandemia afecta en forma notable a países en los que el trabajo informal supera el 50% del mercado laboral, como por ejemplo Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, Honduras, México, entre otros.

Según un informe de la OIT de este año **-1-**:

“Las medidas de paralización total o parcial ya afectan a casi 2.700 millones de trabajadores, es decir: a alrededor del 81 por ciento de la fuerza de trabajo mundial.

... a partir del 1º de abril de 2020, las nuevas estimaciones mundiales de la OIT apuntan a que en el segundo trimestre de 2020 habrá una reducción del empleo de alrededor del 6,7 por ciento, el equivalente a 195 millones de trabajadores a tiempo completo.”.

Para resolver este gran problema se debería modificar la estructura económica para que la economía sirva a los intereses de todas y todos. Como afirmó el pensador inglés William Morris (1834-1896): “No puede llamarse sociedad a un orden que no sea mantenido en beneficio de cada uno de sus miembros”.

Hasta el momento, los gobiernos no han planteado esa necesaria transformación superadora. En ciertos casos han destinado algunos fondos como paliativos, otorgando una ayuda a los sectores más desprotegidos; también se han dispuesto líneas de crédito y de préstamos a tasas blandas para comerciantes y microproductores. En otros casos se han suspendido pagos de tributos y hasta se congelaron algunos servicios. Pero todas estas medidas sólo sirven para sacarse el problema de encima y “tirar para adelante”.

No sorprenden estas acciones por parte de los gobiernos. En este sistema globalizado no resulta novedoso que se carguen las pérdidas sobre la espalda del pueblo, tal como sucedió diez años atrás con otra crisis mundial, de índole financiera pero que tuvo como consecuencia una caída alarmante en la actividad económica, la pérdida de puestos de trabajo y el aumento de la pobreza en todo el mundo.

En 2008 se produjo un crack económico de envergadura mundial que se originó en Estados Unidos y sacudió a los principales mercados financieros del planeta.

En principio, se llegó a un límite extraordinario en los porcentajes de financiación, crédito y valores inmobiliarios, inflando en forma artificial el dinero en un circuito obscuro de especulación y fraude, llamado pomposamente “burbuja económica”. Sólo en EE.UU. se perdieron más de 7 millones de puestos de trabajo.

Como afirmé en un artículo en 2009 (Margen N° 53) **-2-**:

Los bancos alertaron entonces sobre pérdidas multimillonarias y quiebras masivas, lo que desencadenó una enorme secuencia de despidos que afectó -y continúa afectando- a miles de trabajadores.

Es necesario señalar que la crisis no es la consecuencia de malversaciones y fraudes, sino

que es parte del proceso del negocio, en el que primero se inflan los valores de las operaciones basadas en la especulación sobre el dinero y luego se lo hace desaparecer frente a los ojos del público.

El secreto del truco radica necesariamente en el poder que ejercen las empresas multinacionales, que es disfrazado como la confianza que impone la regulación de los Estados capitalistas y que no es más que el uso de la fuerza que obliga a los seres humanos a integrarse obligatoriamente al sistema jurídico como público cautivo.

El manejo arbitrario sobre las economías de los países incluye -por la fuerza- a masas de incautos usuarios en lo que se denomina bancarización.

De tal modo se tergiversan los elementos fundamentales del sistema democrático: la tan mentada “inclusión” no lo es en relación a la masa de la riqueza producida, mientras que los “ciudadanos” se convierten en meros usuarios o simplemente en “el público”.

Como si el aval de las leyes capitalistas hacia esos negocios usurarios no alcanzara, una vez producido el derrumbe del sistema financiero -causado justamente por esas mismas prácticas perversas- los gobiernos de los países desarrollados implementaron planes de salvataje, como el de Barack Obama en Estados Unidos de Norteamérica, al que siguieron otros países como Inglaterra, Alemania, España, etc.

Sólo en EE.UU. el Congreso destinó más de 700.000 millones de dólares para rescatar a los bancos en problemas, explicando que la inyección de dinero se destinaba a facilitar fondos baratos para permitir que los bancos pudieran seguir prestando dinero.

El mismo presidente de Estados Unidos, Barack Obama, explicó públicamente que el objeto del salvataje era la implementación de "un plan de rescate para la clase media que suponga la inversión en la creación de puestos de trabajo y alivie a la gente que ha visto reducida su nómina".

El sistema capitalista -hasta ese momento liberal en los papeles- se transformaba y, sin pudor, ponía en práctica una política intervencionista promoviendo la acción de los gobiernos de los países desarrollados para utilizar los fondos públicos (la riqueza generada por los ciudadanos) con el objeto de salvar a los bancos y empresas privadas quebradas. El argumento fue que así se generarían nuevos puestos de empleo y no colapsaría el sistema.

Estados Unidos de Norteamérica, emblema del capitalismo, el individualismo y la oposición a la injerencia del Estado en los manejos de la economía, aprobó un plan por el que se utilizaron fondos de las arcas públicas como salvataje a las empresas privadas. Se destinó un fondo de casi 800.000 millones de dólares para ser inyectado en bancos y empresas, lo que constituyó un doble robo multimillonario a la humanidad en su conjunto.

Como planteó Walter Delgado Acevedo:

“en esta crisis observamos que las instituciones más basadas en el mercado se vienen abajo y corren a pedir la ayuda del Estado. Al final, dicen todos, ese modelo no funciona. Este momento es señal de que las declaraciones de liberalización del mercado financiero eran falsas. La hipocresía entre el modo en el que el Tesoro estadounidense, el FMI y el Banco Mundial manejaron la crisis asiática de 1997, y el modo en que se está manejando ésta, pinta de cuerpo entero lo especulativo del mercado que lo convierte en un casino” -3-.

En el mismo artículo citado más arriba, hice referencia al concepto de comunidad expresado en las prácticas económicas implementadas por pueblos originarios -como los Incas- antes de la Conquista:

Si bien existía una clase social jerárquica que cumplía fines administrativos y burocráticos, la economía inca planteaba dos elementos fundamentales, la reciprocidad y la redistribución. El trabajo se organizaba en tres planos: una parte era para la familia, otra para la comunidad y otra para el sistema administrativo burocrático en manos de los Incas, que aseguraba a la población ayuda, protección y abastecimiento en momentos de escasez o necesidad.

El historiador de origen inca Garcilaso de la Vega, narró en sus Comentarios Reales... que “...En cada pueblo, grande o chico, había dos depósitos; en uno se encerraba el mantenimiento que se guardaba para socorrer a los naturales en años estériles y en el otro las cosechas del sol y del Inca. Había, además, muchos graneros a lo largo de los caminos reales de tres en tres leguas”.

En un ambiente hostil, desarrollaron avanzados sistemas de irrigación y de terrazas para el cultivo enclavadas en plena montaña, lo que evitaba la erosión del suelo. No realizaban matanza de animales sino que domesticaron distintas especies para obtener su lana y utilizarlos como medio de transporte.

Este sistema de producción se mantuvo hasta la llegada de los españoles.

La conquista de América -además de la muerte de millones de seres humanos- significó la imposición de un modelo productivo basado en la esclavitud para la extracción de metales preciosos oro y plata, con los que se consolidó la dominación europea.

El abandono forzoso de sus posesiones y formas de producción aceleró la desertificación de grandes extensiones de territorio. La conquista europea provocó un tremendo impacto en todos los pueblos que habitaban nuestro continente. La enorme transferencia de riquezas desde América hacia Europa fortaleció el sistema capitalista y su manufactura. Y permitió la expansión de la industria para acelerar la producción.

Ese ejemplo muestra la distribución desigual que comenzó con la Conquista y la supremacía del pensamiento europeo que hoy impone el Capitalismo a escala mundial. Los recursos naturales, los avances científicos y la tecnología, el monopolio de la fuerza, la explotación de lxs trabajadorxs y la riqueza obtenida están en manos de una minoría opulenta, obscenamente opulenta. La pobreza, el trabajo mal pago, las paupérrimas condiciones de trabajo, el trabajo informal, el trabajo infantil, el trabajo esclavo, el hacinamiento, la instalación de barrios en lugares inapropiados para la vida, la falta de agua potable, la desnutrición, la falta de viviendas dignas, el acceso a una mejor educación, constituyen los males que debe soportar la mayoría desfavorecida sobre la que se cargan también los efectos del abuso sobre la naturaleza, como la contaminación de la tierra, el agua y la atmósfera.

Ante la irrupción del Covid-19 los gobiernos se expresan a favor de la concientización de cada individuo para que no sea factor de contagio, al tiempo que mantienen a la gran mayoría viviendo en condiciones paupérrimas en ambientes propicios para la expansión de la enfermedad, con la necesidad de seguir saliendo a la calle para buscar su sustento diario sin poder medir los riesgos.

La pandemia significó un golpe inesperado para la humanidad por la envergadura del daño producido y la incertidumbre generada. Al paso del tiempo queda claro que no puede ser enfrentada

bajo la dirección de quienes son responsables de mantener las condiciones de injusticia y desigualdad que imperan en el mundo.

José Luis Parra, setiembre de 2020

Referencias

-1- OIT. El COVID-19 y el mundo del trabajo. Consultable en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/briefingnote/wcms_740981.pdf

-2- Parra, José Luis. Artículo “Formas de producción alternativas: el trueque como sistema solidario y cooperativo, II parte. El capitalismo: la economía alternativa”, consultable en: <https://www.margen.org/suscri/margen53/parra.html>

-3- Delgado Acevedo, Walter. “Respuesta a Crisis: El mayor Crack de Wall Street desde el 87”, en “Bolsa e inversiones” (<http://www.indice-general.com/>), octubre de 2008